

"GALDÓS, UN CRISTIANO HETERODOXO"*

Carlos M. Rodríguez López-Brea
Universidad Carlos III de Madrid

Toledo fue una de las ciudades galdosianas por excelencia. Entre sus viejos muros Pérez Galdós encontró material humano más que sobrado para escribir su inolvidable *Ángel Guerra*, aunque el espíritu toledano planea en otras novelas de Galdós. En la calle Santa Isabel aún puede leerse la lápida que un grupo de amigos colocó en su memoria en 1923. Al parecer fue redactada por Ramón Pérez de Ayala y reza así: "En el año de 1891 de la era de Cristo, viviendo la vida toledana para la inmortalidad, aquí demoraba Benito Pérez Galdós, y escribió aquí, con palabras siempre jóvenes, *Ángel Guerra*, poema español de nuestros días: religioso, trágico, burlesco. Pasajero: no pases delante de mí con indiferencia. Numen in est".

Que sean poquísimos los viandantes que adviertan hoy en día la existencia de la vieja piedra no quita valor a estas palabras, ya que encierran tres adjetivos muy útiles para describir el universo espiritual de Galdós: "religioso, trágico, burlesco".

El presente artículo defenderá la tesis de que Galdós mantuvo durante su vida unas ideas religiosas más o menos estables, aunque sus dudas, sus escrúpulos y sus exploraciones literarias, levantaron expectativas entre quienes le rodearon y conocieron, desde el "ortodoxo" Menéndez Pelayo, a la menos ortodoxa pero muy católica Emilia Pardo Bazán, pasando por Clarín, Unamuno o los muy jóvenes Azorín, Baroja o Maeztu que en 1901 quisieron hacer de Galdós una bandera del anticlericalismo, sin que él se dejara del todo. A unos y otros don Benito contentó y decepcionó, según le convino.

Se sostendrá en segundo término que Galdós hizo un viaje de "ida y vuelta" buscando la espiritualidad de la religión católica, con la que el escritor estuvo en continua dialéctica.

* Las obras de Benito Pérez Galdós se citan siguiendo las *Obras Completas* (en adelante OC) de la editorial Aguilar, Madrid, 1970-1971 (int. y notas de Federico Carlos Sáinz de Robles). El autor desea agradecer las observaciones que José Luis Mora hizo a una primera versión de este texto, pronunciada como conferencia en Santander (UIMP, curso "Galdós y su tiempo", codirigido por Yolanda Arencibia y Ángel Bahamonde).

Tales juicios vendrán apoyados simultáneamente por elementos extraídos de la literatura de Galdós, acciones de la vida pública del escritor (discursos, mítines, artículos de prensa), experiencias privadas y contextos históricos, como parece lo lógico si quien escribe es un historiador. Escoger como referente un único elemento, por ejemplo la rica novelística galdosiana, podría conducir a errores o exageraciones, ya que es común en todo creador experimentar con sus personajes, forzando y extremando conductas, sin que ese universo literario sea necesariamente una expresión de las ideas propias del autor.

Don Marcelino Menéndez Pelayo dedicó un libro a Galdós en estos términos: "*A mi amigo el eminente (aunque heterodoxo) novelista D. Benito Pérez Galdós*"¹. Más duro se había mostrado don Marcelino en su *Historia de los Heterodoxos españoles*, cuyo último tomo se publicó en 1883. Allí se dice de Galdós: "*el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes, aunque las oscurezca el empeño de dar fin trascendental a sus obras*". Más adelante le llamará "*ateneísta*", "*amigo de gacetilleros*" y dará a entender que es un pedante².

Relaciones más íntimas mantuvo Galdós con Emilia Pardo Bazán, quien afirmaba que el alma de su amigo no tenía tacha: "*tal vez (es) más cristiana, mucho más cristiana de lo que él mismo sabe y cree*"³. Terció Leopoldo Alas "Clarín", otro incondicional del canario, para quien "*Galdós es hombre religioso; en momentos de expansión le he visto animarse con una especie de unción recóndita y pudorosa, de esas que no pueden comprender ni apreciar los que por oficio, y hasta con pingües sueldos, tienen la obligación de aparecer piadosos a todas horas y en todas partes*"⁴.

Heterodoxo pero religioso, devoto aunque "*enemigo acérrimo del catolicismo*" para Menéndez Pelayo, ¿qué fue realmente este Benito Pérez Galdós?

¹ Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, Crítica, Barcelona, 1996, pág. 328.

² Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. 2, BAC, Madrid, 1956 (orig. 1882), págs. 1171-1172.

³ Cit. por Mariano López Sanz, *Naturalismo y espiritualismo en la novelística de Galdós y Pardo-Bazán*, Pliegos, Madrid, 1985, pág. 133.

⁴ Leopoldo Alas "Clarín", *Galdós, novelista* (ed. e int. de Adolfo Sotelo Vázquez), PPU, Barcelona, 1991, pág. 23.

El Galdós joven

La infancia y juventud canaria de Pérez Galdós no pudo ser más ortodoxa. La familia del futuro escritor era católica practicante y tradicional; así que Galdós fue bautizado, recibió la primera comunión y asistió a la iglesia con regularidad. Parece incluso que disfrutaba con ello, tal como confesaría tiempo después a otro de sus amigos ilustres, el cántabro José María Pereda: "*En mi tiempo yo no perdía ripio y dondequiera que sonara un gori-gori allí estaba yo*"⁵. Por "*gori-gori*" Galdós entendía la música y el ritual de los templos católicos.

Es en Madrid donde Pérez Galdós frecuenta los círculos intelectuales, en los que el krausismo hacía furor. Los krausistas se decían cristianos por persuasión íntima, no por rutina o tradición, y por eso discutían que las iglesias constituidas pretendieran acaparar las relaciones entre el hombre y Dios. Para ellos, además, era posible conciliar a Dios con la ciencia, o como decía Krause, "*conocer en la ciencia a Dios*".

No se quedaban ahí: estos modernistas religiosos exigían la simplificación de los ritos católicos, recelaban de un Papa infalible que impusiera el dogma a los fieles, dudaban de la utilidad del clero regular y pedían que se diera mayor libertad al creyente a la hora de interpretar las Escrituras. Una bandera más del movimiento fue la tolerancia hacia otras creencias, aunque los krausistas sin excepción se reconocían en Cristo por su mensaje centrado en el amor⁶.

El krausismo no fue un movimiento revolucionario, ni tampoco pretendió serlo, pero sus ideas resultaban muy peligrosas para la Iglesia. Proclamar la tolerancia o la separación entre Iglesia y Estado, exigir la democratización de las estructuras eclesíásticas y discutir la influencia del clero en la vida pública suponía, en el último tercio del siglo XIX, poner en peligro el control que la Iglesia ejercía en la enseñanza o su monopolio sobre las costumbres más

⁵ "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda", publicadas por Carmen Bravo Villasante, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252 (1970-1971), pág. 23.

⁶ Un excelente cuadro de las implicaciones políticas del krausismo, Manuel Suárez Cortina, "Anticlericalismo, religión y política en la Restauración", en Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, págs. 127-153.

íntimas de los españoles (nacimiento, muerte, matrimonio, sexualidad).

Otro inconveniente fue la reducida base social del krausismo, que apenas prendió entre una elite intelectual. Los krausistas, por su debilidad, no pudieron hacer frente a la formidable ofensiva de la Iglesia católica, que los tachó de irreligiosos y ateos. Desengañados, muchos decidieron practicar sus creencias "desde fuera", sin por ello perder su fe en Dios. Tampoco ayudó al movimiento su arrogancia y su menosprecio de lo popular, lo que les convirtió en un blanco fácil para sus enemigos.

La primera etapa de esta batalla religiosa se fraguó en España entre 1865 y 1885, coincidiendo con el fin del reinado de Isabel II, el Sexenio Democrático y los comienzos de la Restauración. Los krausistas parecían haber ganado la partida en la Constitución de 1869, la primera que en España posibilitaba la libertad de cultos. Esta medida se vio enriquecida con otras leyes de singular importancia, como el matrimonio civil, la enseñanza laica o la secularización de los cementerios.

El Sexenio, pese a sus defectos, fue una singular experiencia para toda una generación de intelectuales, entre los que figuraba Galdós. La Restauración borbónica de 1875 trató de pacificar estas tensiones dando pasos atrás en el terreno de las libertades. La tolerancia religiosa, por ejemplo, se vio cercenada por el artículo 11 de la Constitución de 1876, que no permitía las manifestaciones públicas de los cultos no católicos.

Galdós no quiso permanecer indiferente en estas contiendas. Aunque no fue propiamente krausista, tomó no pocos elementos del mismo. La religión de hecho ocupa un lugar muy destacado en sus primeros artículos de prensa, los que publica en *La Crónica de Madrid* en 1865, pero también en su correspondencia y en sus principales novelas de los años 70, *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1876-1877) y *La Familia de León Roch* (1878), entre otras. En estos tres libros, nacidos en el "vapor de la pelea"⁷, se habla de intolerancia, de hipocresía, de rutina religiosa, de falso moralismo y de las dificultades de los que disienten.

⁷ La expresión es de Menéndez y Pelayo, "Don Benito Pérez Galdós considerado como novelista. Discurso leído en la Academia Española el domingo 7 de febrero de 1897, contestando al de recepción del señor Galdós", en Marcelino Menéndez Pelayo, *Estudios de crítica literaria (quinta serie)*, Librería Hernando, Madrid, 1927, pág. 110.

¿Qué se puede extraer de estas fuentes acerca de la religiosidad del joven escritor?

En primer lugar, Galdós cree en Dios, en la vida eterna y en la Virgen María, por la que manifiesta un particular cariño. De la madre de Jesús escribirá que es "*virtud suma*", "*ideal de gracia, pureza, amor*" y "*criatura divina, inmaculada, inocente*"; no discute siquiera su función mediadora, en tanto que la Virgen, asegura Galdós, "*nos admira y nos redime en la tierra y nos llama en el cielo*"⁸. En este punto, al menos, se advierte en el escritor el hondo peso de la cultura española y de su propia tradición familiar, profundamente mariana.

Cuando se trata de explicar la esencia de Dios, el escritor ya va más por libre. Para él, la divinidad no está en los templos o en los ritos, que le parecen vacíos, sino en la naturaleza, en las estrellas, en el devenir cotidiano incluso. Sus ideas bien podrían ser las de Martín Martínez Muriel, el protagonista de *El audaz* (novela de 1871): "*Yo creo en mi Dios –decía ese personaje–, en un Dios a mi manera. Yo no creo en el Dios vengativo y suspicaz que ustedes han hecho a imagen y semejanza del hombre*"⁹. Cuando años después Galdós explique a su amigo Ortega y Munilla algunos detalles de su fe religiosa, empleará las mismas palabras: "*Yo creo a mi modo*"¹⁰.

Galdós también se sabe heterodoxo al hablar de la existencia del demonio y del infierno, dogmas incontrovertibles para la Iglesia católica en esos momentos. Si en 1865 escribía cosas como "*el Diablo ha muerto y sólo queda su recuerdo*" o "*Satanás es ya una caricatura: no inspira sino risa y también algo de lástima*"¹¹, doce años después será uno de los personajes de *Gloria* (Rafael del Horro) quien hable por él: "*no hay quien me haga creer en el Infierno (...) Yo creo que la misma Iglesia ha de tener que transigir al fin, diciendo que eso del Infierno es... cualquier cosa..., nada entre dos platos*"¹².

⁸ *Crónica de Madrid*, 17-XII-1865 (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 1320).

⁹ *El Audaz (Historia de un radical de antaño)* (OC, *Novelas I*, pág. 244).

¹⁰ Cit. por Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pág. 329.

¹¹ *Crónica de Madrid*, 22-X-1865 (OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 1305-1308).

¹² *Gloria* (OC, *Novelas I*, pág. 555).

Los dardos más envenenados, sin embargo, los reserva Galdós para las costumbres religiosas de sus compatriotas, que le resultan deplorables. Frente al barroquismo, el mesianismo y los golpes de pecho, el joven periodista de *La Crónica de Madrid* elogiaba las rogativas calladas, las que se hacían en "lo más recóndito del hogar"¹³. Al Pepe Rey de *Doña Perfecta*, paradigma del krausista, le asquean los adornos e imágenes que abarrotan la catedral de Orbajosa, a su juicio una "quincallería que ofende el sentimiento religioso y hace desmayar nuestro espíritu"¹⁴. Comentarios más que suficientes para que las gentes de Orbajosa tengan a Rey por el peor de los impíos.

Para Galdós, no obstante, la impiedad es algo muy distinto y muy extendido. El canario le confiará a Pereda, que tenía a España por "el país más irreligioso, más blasfemo, más antisocial y más perdido del mundo". "La indiferencia religiosa", añadía, es la "peste principal de España", ya que "nadie cree en nada"¹⁵. Daniel Morton, el judío de *Gloria*, opinará como su creador que el nuestro es "el país blasfemo y sacrílego por excelencia"¹⁶. Surge así una cuestión: ¿qué es para Galdós la irreligiosidad?

Un primer ejemplo del ser irreligioso de Galdós sería María Egipcíaca Sudre, la esposa beata de León Roch¹⁷. María Egipcíaca se declara católica ortodoxa, reza, comulga y asiste a los oficios diariamente, pensando que ese es "el mejor medio para sostener viva la fe y no dar entrada a ninguna falsa doctrina"¹⁸. En realidad, su fe es poca cosa; incapaz de amar o de entender la misericordia de Dios,

¹³ *Crónica de Madrid*, 15-X-1865 (OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 1310-1312).

¹⁴ *Doña Perfecta* (OC, *Novelas I*, págs. 440-441).

¹⁵ "Veintiocho cartas de Galdós...", págs. 18-19.

¹⁶ *Gloria* (OC, *Novelas I*, págs. 559-562). Es muy conveniente leer toda la jugosa perorata de Daniel Morton para conocer las ideas de Galdós al respecto.

¹⁷ Otro buen ejemplo sería doña Isabel Godoy, protagonista femenina de *El doctor Centeno*. La descripción que de ella hace Galdós es rotunda: "Cierta que ella defendía con rutinario tesón los dogmas de la fe, pero les añadía innúmeros suplementos, fundados en todo lo vano, pueril y ñoño que ha imaginado el miedo y la ignorancia del pueblo (...). Creía en las fatalidades del número 13, de la sal vertida y de los espejos rotos; sentía horror del murciélago, por suponerlo emisario del demonio (...)" (OC, *Novelas I*, pág. 1373).

¹⁸ *La familia de León Roch* (OC, *Novelas I*, pág. 819).

vive la religión como una superstición más, pues no deja de asociar su fe con una reliquia o con una imagen. La suya, para Galdós, sería la *"religiosidad de la turbamulta, del pueblo bajo"*, entendiéndolo por bajeza *"la triste condición de no saber pensar, de no saber sentir, de vivir con esa vida puramente mecánica, nerviosa, circulatoria y digestiva que es el verdadero, el único materialismo de todas las edades"*¹⁹.

María Sudre y su familia no creen que la bondad sea suficiente para salvarse. Todos piensan que León es un hombre sabio e íntegro (aunque lo segundo no lo es tanto), pero igualmente dicen que la bondad sin prácticas ortodoxas es un ejercicio de hedonismo egoísta: *"cumplés ciertos preceptos –reprocha a León un hermano de María, Gustavo– por la razón sencilla de que es cómodo ser bueno, y porque el cumplimiento de los deberes externos siempre trae ventajas al individuo"*²⁰. En un determinado momento, inducida por su hermano jesuita, Luis Gonzaga, María Sudre cree incluso que su matrimonio con un supuesto ateo es un *"obstáculo terrible"* para su salvación. *"Desgraciado ateo. Mi Dios me manda contestarte que no [te amo]"*, concluirá la beata²¹.

León no es menos duro con la fe de su esposa; para él, las continuas idas y venidas de María Egipcíaca a la iglesia no son señal de proximidad a Dios, sino de lo contrario: *"No veo en tus actos ni en tu febril afán por las cosas santas –replica Roch a su mujer– ninguno de los preciosos atributos de la esposa cristiana"*²². Nos parece evidente que en este punto, al menos, Galdós habla por boca de Roch: el cristianismo rezado, pero no sentido, no es tal. Dios no está en las iglesias ni en los rezos repetidos mecánicamente.

Una segunda muestra de irreligiosidad se puede hallar en el padre de María Sudre, el marqués de Tellería. Sin ser un beato como su hija, se dice católico. Pero el marqués no cumple los preceptos de su religión, es pendenciero, derrochador y se busca amantes para escapar de la beatería de su familia; nada de eso parece incomodarle: *"Lo que hay es que todos –afirma–, aun siendo creyentes,*

¹⁹ *Ibidem*, pág. 891. En esta descripción Galdós se expresa en funciones de narrador. Añade: *"Las perfecciones absolutas del Autor de todas las cosas, tampoco reinaban con fuerte imperio en su ánimo si no llegaban a éste por el conducto, digámoslo así, de las perfecciones estéticas de una imagen"*.

²⁰ *Ibidem*, pág. 812.

²¹ *Ibidem*, págs. 838 y 868.

²² *Ibidem*, pág. 818.

cumplimos mal: nos descuidamos, pero somos prudentes, tenemos tacto, guardamos las apariencias...". Para el marqués es preferible el catolicismo aparente a la heterodoxia crítica de los seguidores de Krause, que para él es ateísmo: "Más querría perder mi posición y mi nombre en el mundo –le dice a su yerno–, que tener esa fama de ateísmo que tú mismo te has ganado"²³.

En este mundo de irreligiosos hipócritas los sacerdotes ocupan un puesto de honor. El anticlericalismo galdosiano ha sido objeto de encendidas polémicas, aunque el escritor siempre negó que fuera enemigo del clero. Incluso se dijo admirador de aquellos párrocos "que en los días aciagos no abandona(n) el lecho del enfermo"²⁴. El problema es que Galdós no debió encontrar demasiados curas dignos de su admiración. No extraña, pues, que en sus primeras novelas al menos sus sacerdotes sean casi siempre indignos, zafios y faltos de vocación.

Los epítetos más duros son los que dedica Muriel a los frailes en *El Audaz*: "holgazanes, glotonos, sibaritas, dueños de la mitad del territorio, disolutos, hipócritas". Pero la crítica no se detiene en los frailes. Con palabras no muy distintas Galdós se despachará con párrocos vagos e ignorantes, canónigos frecuentadores de cafés y beneficiados zascandiles.

Don Silvestre Entrambasaguas, de *La Fontana de Oro* (1871), es "clérigo carilleno, bien cebado, grasiento, avaro, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco". No muy atrás se encuentra el canónigo don Inocencio, confesor de Doña Perfecta, que consigue enfrentar a la dama con su pretendido yerno, Pepe Rey; en realidad, el penitenciario quiere casar a su sobrino con Rosarito, la hija de Perfecta, quien *casualmente* es la mayor fortuna de Orbajosa.

No más ejemplares son los sacerdotes de *Gloria* y de *La Familia de León Roch*. Don Silvestre Romero, cura de Ficóbriga, es incluso buena persona, pero se dedica a la caza, al cuidado de sus fincas y a muñir elecciones; las misas, en cambio, "las despacha en un santiamén". El padre Paoletti de *León Roch*, confesor de María Egipcíaca y de "medio Madrid", aunque "afable" y "meloso" en sus formas, al final resulta ser un hombre mentiroso e intrigante, un verdadero fanático. Casi todos ellos son funcionarios sin escrúpulos,

²³ *Ibidem*, pág. 807.

²⁴ *Crónica de Madrid*, 15-X-1865 (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 1311).

gentes sin virtudes intelectuales o espirituales, hombres sin verdadera fe²⁵.

Junto a la beatería insustancial y a la hipocresía, Galdós todavía nos presenta un tercer modelo de irreligiosidad, la de Rafael del Horro, personaje secundario de *Gloria*. Rafael del Horro, un politicastro del turno, coincide con los krausistas en su diagnóstico sobre el catolicismo. Afirma como ellos que en España no hay verdadera fe, que las clases medias van a misa por "*hábito rutinario*" y que la creencia en el Infierno o en el Paraíso no es "*muy acorde con el sentido común*".

Pero la lección que extrae de sus ideas no conduce a la purificación religiosa. Muy al contrario, Del Horro prefiere pasar por alto los defectos de la Iglesia o de la fe católica, dado lo mucho que hace la religión por la paz social. Así pues, dice, "*que sigan las misas, los sermones, las novenas, las procesiones, las colectas y todos los demás usos y ritos que se han creado*". Si la Iglesia garantiza la estabilidad del Estado y de las clases que lo sostienen, cualquier mimo al clero siempre será poco: "*¿Pide seis? Pues dadle ocho*", razona Del Horro.

Para este hombre, una cosa es que los intelectuales se diviertan atacando al clero o cuestionando las ambigüedades del dogma, otra bien distinta es que los ecos de esas críticas lleguen a la plebe: "*¿Hay necesidad de subirse encima de una silla y decirlo a todo el mundo?*", se interroga. Y contesta él mismo: "*El pueblo ignorante no lo entiende, y al oír a ustedes, cree que le están permitidos el robo y el asesinato*".

El problema para Del Horro no pues es creer o no creer, purificar la fe o no hacerlo, sino mantener intacta la magia de lo religioso entre los desfavorecidos, no sea que les dé por pensar en revoluciones: "*¡Qué dulce es la religión!... –prosigue– ¡Las mujeres tienen en ella tantos consuelos! Se muere una persona de la familia, madre, hermano, niño y ellas creen que la verán después, y que el difunto se está paseando por encima de las nubes*"²⁶.

²⁵ Francisco Ruiz Ramón, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*, Revista de Occidente, Madrid, 1964. Consúltense las páginas dedicadas a lo que este autor denominó genéricamente "Los clérigos toledanos" (págs. 127-222, en particular 129-153).

²⁶ *Gloria* (OC, *Novelas I*, págs. 554-555). Significativamente, Pérez Galdós titula "Sepulcro blanqueado" el capítulo en el que traza el perfil de Del Horro. Con matices, este tipo de hipocresía también es visible en Gustavo Sudre, un

¿En qué se basa, por contraste, la religiosidad galdosiana? En primer lugar, la suya no es una fe ortodoxa, en tanto que no coincide con el magisterio de la Iglesia católica en puntos tan trascendentales como la liturgia, el infierno o la valoración del mundo moderno. De la jerarquía católica le separará igualmente su actitud hacia la tolerancia religiosa, que para Galdós es una exigencia requerida por los tiempos y por una verdadera conciencia cristiana.

Francisco Pérez Gutiérrez, estudioso de la llamada "generación de 1868", ha escrito que *"la gran aberración religiosa, la encarnación misma de la irreligiosidad, lo constituye para Galdós la intolerancia"*²⁷. Don Benito así lo sostuvo en su correspondencia con Pereda: *"si en España existiera la libertad de cultos, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depuraría la nación del fanatismo y ganaría muchísimo la moral pública y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, veríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos de lo que somos"*. Los países en cambio que reconocen la libertad de cultos serían los *"realmente civilizados"*, los *"culturalmente superiores"*²⁸. Desde joven, Galdós entrelaza tolerancia, religiosidad depurada y patriotismo, tres cuestiones que siempre le obsesionaron.

El desenlace de *Gloria* es un verdadero canto al ecumenismo. Frente a la intolerancia de la católica Gloria y del judío Daniel Morton, Galdós espera un mundo mejor del hijo nacido de ambos. El escritor le dirige estas palabras finales en un juego que hace del crío un "nuevo" niño Jesús: *"Tú, que naciste del conflicto, y eres la personificación más hermosa de la Humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por virtud del amor; tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás, sin duda, algo grande"*²⁹.

No muy diferente es el mensaje de Buenaventura de Lantigua, el personaje de *Gloria* que quizá refleje mejor las ideas de Galdós:

hermano de la María Egipcíaca de *La familia de León Roch*, dedicado como Del Horro a la política.

²⁷ *El problema religioso en la generación de 1868. "La leyenda de Dios", Varela, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós, "Clarín", Pardo Bazán, Taurus, Madrid, pág. 222.*

²⁸ "Veintiocho cartas de Galdós...", págs. 18-19.

²⁹ *Gloria (OC, Novelas I, pág. 699).*

*"Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión (...) Creo finalmente y para decirlo todo de una vez, que el fondo moral es con corta diferencia uno mismo en las religiones civilizadas... ; mejor dicho, que el hombre culto educado en la sociedad europea es capaz del superior bien, cualquiera que sea el nombre con que se invoque a Dios"*³⁰.

Galdós, por tanto, no es un escéptico en materia de religión. Siempre negó que sus obras fueran *"antirreligiosas"*, *"anticatólicas"* o *"volterianas"*. Se considera hijo de la tradición cristiana, para él la más sublime en tanto que fruto de la "superior" cultura europea (palabras que revelan el ascendiente del krausismo más elitista en el primer Galdós). Dentro del cristianismo admitirá incluso que, pese a sus vicios, la religión católica de sus padres era *"la más perfecta de las religiones positivas"*³¹.

Disidente pero no enemigo, su crítica religiosa no es fruto de la incredulidad, sino del fuego purificador. *"Sobran reglas, disposiciones, prácticas. Creo que la salvación de los cultos consistirá, si llega a verificarse, en volver a la sencillez primitiva"*, pondría en boca de Buenaventura de Lantigua³². El krausista León Roch reduce el catecismo de un buen creyente a sólo tres mandatos, aunque *"grandes y firmes"*: creer en *"el alma inmortal"*, en *"la justicia eterna"* y *"en los fines de perfección"*. Galdós, en suma, entiende la religión como una actitud vital que fomenta el respeto a la persona, el amor al prójimo, la paz social, la primacía del espíritu y la tolerancia.

El anticlericalismo galdosiano, aparte de crítica a los vicios del clero, es también defensa del Estado liberal frente a las intromisiones y tutelas de la Iglesia católica en la política. El caso de la unidad italiana, un mero asunto terrenal que la Iglesia había reprobado como un ataque a la voluntad de Dios, marcó a toda la generación de Galdós. No menos singular fue la publicación en 1864 de la encíclica *Syllabus*, un documento pontificio en el que Pío Nono condenaba como "errores modernos", entre otros muchos, al liberalismo, al positivismo y a la libertad de expresión. En las batallas por la educación laica y por las libertades civiles y políticas,

³⁰ *Ibidem*, pág. 631.

³¹ "Veintiocho cartas de Galdós...", pág. 25.

³² *Gloria* (OC, *Novelas I*, pág. 631).

Galdós tuvo claro que su trinchera estaba enfrente de la que llamó "*dictadura del hisopo*"³³. Con una Iglesia que era el principal obstáculo para la modernización de España, el anticlericalismo así entendido sería una necesidad patriótica.

Dado que el catolicismo al uso no coincidía con sus ideas, Galdós fue consciente de su heterodoxia. No cree en el demonio, no acude a las ceremonias religiosas (a no ser que haya "*buena música*", dijo a Pereda), no se confiesa y no permite que los curas se metan en sus relaciones con Dios. Es cristiano en uso de su libertad, no por ser "*átomo que a la masa se agrega*"³⁴.

Ese el sentido en el que, a nuestro juicio, debe interpretarse una controvertida confesión de Galdós a su amigo Pereda: "*En mí está tan arraigada la duda de ciertas cosas que nada me la puede arrancar. Carezco de fe, carezco de ella en absoluto. He procurado poseerme de ella y no lo he podido conseguir. Al principio no me agradaba semejante estado; pero hoy, vamos viviendo*"³⁵. Lo de Galdós no es "falta de fe" en Dios, sino "falta de fe" en la Iglesia católica y en las iglesias constituidas en general, en tanto que pretenden monopolizar el sagrado terreno de la conciencia. Por eso dirá que "*ninguna religión positiva, ni aun el catolicismo, satisface el pensamiento ni el corazón del hombre en nuestros días*"³⁶.

Admite incluso que su fe en Dios no está libre de conflictos y de dudas, que no siempre supera; sincerándose con Ortega y Munilla, confesará que creer es a veces luchar contra la razón: "*Fui una noche al Observatorio Astronómico de Madrid –dice–. Me enseñaron allí los misterios del mundo sideral. Pensé que un hombre que sienta con el mismo fervor la fe en Dios y la curiosidad en esos asombrosos misterios, tendrá en su alma un drama*"³⁷. En este punto sobre las relaciones entre ciencia y fe, nuestro escritor se muestra algo menos optimista que el maestro Krause.

³³ *Crónica de Madrid*, 16-VII-1865 (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 1202).

³⁴ La expresión del "*átomo que a la masa se agrega*" la pone Galdós en boca de Ángel Guerra (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 241).

³⁵ "Veintiocho cartas de Galdós...", pág. 23.

³⁶ *Ibidem*, pág. 25.

³⁷ Cit. por Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pág. 329.

Galdós fluctuaría así entre un catolicismo crítico y un deísmo de tradición cristiana. El primero alude a quien acepta el dogma, pero quiere vaciarlo de impurezas y vicios; el segundo es propio de quien admite la existencia del Dios cristiano, aunque éste no se le manifieste revelado por una religión positiva, sino en un acto libre de la razón. Galdós no sigue todo el dogma católico, pero tampoco es indiferente al Dios de esa fe, e incluso se reconoce devoto de la Virgen y aspira a purificar el catolicismo.

El Galdós maduro

A mediados de los años 80, el discurso krausista estaba agotado. El intelectualismo acabaría desprestigiando a lo que no había pasado de ser una camarilla, muy distante del verdadero sentir de España. En *La Familia de León Roch*, Galdós ya había puesto en boca de un tal Onésimo un comentario despectivo sobre el mundo krausista: "*mucho aire de despreciarnos a todos los españoles como a un hatajo de ignorantes, mucho orgullo y luego el tufillo de descreimiento, que es lo que más me carga*"³⁸.

En la Europa de entonces era un hecho la crisis de las filosofías positivas y el recobrado prestigio de lo irracional. Puesto que la razón no había podido transmitir seguridad en el futuro, parecía oportuno dar una nueva *chance* a la certidumbre de los dogmas de la Iglesia católica.

En España, la Restauración de 1875 introdujo un largo período de estabilidad y paz. La Iglesia supo en este contexto recuperar algunos de los privilegios perdidos, con el apoyo explícito de los conservadores y con el silencio del Partido Liberal en este terreno³⁹. De tal suerte, se prohibieron los cultos no católicos en espacios públicos, se reafirmó el matrimonio canónico y se reforzó el control eclesiástico sobre la educación, con grave perjuicio de la libertad de cátedra.

³⁸ *La familia de León Roch* (OC, Novelas I, pág. 784).

³⁹ William J. Callahan, *La Iglesia católica en España (1875-2002)*, Crítica, Barcelona, 2003; Francisco Martí Gilabert, *Política religiosa de la Restauración (1875-1931)*, Rialp, Madrid, 1991; Alfonso Botti, *La Spagna e la crisi modernista: cultura, società civile e religiosa tra Otto e Novecento*, Morcelliniana, Brescia, 1987.

Más llamativa si cabe fue la restauración ilimitada de los órdenes regulares; Cánovas rompía con ello la política histórica del liberalismo español, que había visto en los frailes un enemigo, un sostén de la causa absolutista. Ya sin trabas legales de por medio, en toda España se abrieron conventos, colegios, asilos y hospitales regentados por frailes y monjas. Sólo en los veinte primeros años de la Restauración (1875-1895), el número de religiosas se había multiplicado por tres, y el de religiosos por diez.

También entonces se advirtió el regreso a la fe ortodoxa de burguesía y clases medias, que de nuevo llenaron los templos y que sostuvieron económicamente a los religiosos.

Tales mimos no contentaron del todo a la Iglesia, en tanto que el de la Restauración no dejaba de ser un régimen fundado sobre principios liberales. La jerarquía se movió entre la lealtad y la disidencia; aceptaba cuanto le viniera de bueno del poder político, pero fomentaba un discurso crítico con las instituciones. Piénsese en el éxito editorial del ensayo *El liberalismo es pecado*; para su autor, el canónigo Félix Sardá y Salvany, "ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladrón, adúltero u homicida".

Para un observador tan fino como Pérez Galdós no podían pasar desapercibidas estas mudanzas. Ya en 1886 predijo que si en España tenía lugar un *revival* religioso, el triunfador sería el catolicismo. "El pueblo español –escribió en el diario *La Nación* de Buenos Aires– no es ni será nunca protestante. O católico o nada"⁴⁰. Siete años después, Galdós confirma que ese despertar ya se ha producido: "Hoy nos hallamos en un período de franca reacción contra la incredulidad. No sólo renace la fe, sino el misticismo, la exaltación del creer y del esperar"⁴¹.

En *Halma*, novela de 1895, Galdós reafirma el diagnóstico. Cada vez se habla más de santos, se organizan excursiones para visitar catedrales y monasterios derruidos, incluso la prensa se llena de las mismas "santurronerías" que a su entender "habrían hecho palidecer la ira a los progresistas de hace treinta años". Ahora la moda

⁴⁰ William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1973, págs. 152-53 (carta 33, 5-V-85)

⁴¹ *Ibidem*, págs. 487-88 (carta 166, 26-X-93).

son los beatos que "amenazan con comerse el mundo" y los indiferentes de antaño que asoman "una oreja pietista"⁴².

Entre huir de la realidad o analizarla, Pérez Galdós optó por lo segundo. Pudo ocurrir también que le hicieran mella los dardos envenenados que le dirigió Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*. Entre otras lindezas, don Marcelino sostenía que las obras de Galdós, aunque válidas, eran abstracciones sin base real; los conflictos religiosos planteados en *Gloria* o *León Roch* serían para el santanderino "tan inverosímiles en España como en los montes de la luna". En resumidas cuentas, el erudito reclamaba a Galdós que novelase descendiendo a la realidad española y no con un libro de filosofía en la mano, y puede que no le faltara razón⁴³.

El cambio del paradigma espiritual, el desprestigio del discurso krausista, por maniqueo e irreal, y la obligación literaria de explorar terrenos antes soslayados, harán que Galdós evolucione⁴⁴. Pero esa evolución, a nuestro juicio, fue mayor en su literatura que en sus ideas religiosas.

Aclaremos en primer lugar que a Galdós no le interesa tanto la Iglesia institucional como el hombre piadoso que vive la religión católica como una revolución interior, como una mística. El escritor se interesa por los beatos, por los predicadores, por los aspirantes a santos. Este creyente, a diferencia del krausista, acepta en su plenitud el magisterio de la Iglesia católica, aunque paradójicamente su deseo de imitar a Cristo puede colocarle en los lindes mismos de la heterodoxia.

Galdós también se interesó por el encanto y la magia que las figuras de Cristo y de los santos inspiraban en las gentes sencillas. El mecanicismo de la ciencia no era rival para el mundo mágico de los milagros, como bien pudo comprobar Ángel Guerra, un agnóstico que recupera la fe en Dios por amor a una mujer: "Lo sobrenatural, lo maravilloso, el milagro, me hacen falta a mí, y por encontrarlos daría todo lo que poseo", afirma en medio de su hastío vital cuando aún es un descreído⁴⁵. Es precisamente *Ángel Guerra* (1891) la primera novela

⁴² *Halma* (OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 596-597).

⁴³ *Historia de los heterodoxos españoles*, págs. 1171-1172.

⁴⁴ Gustavo Correa, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, Gredos, Madrid, 1962.

⁴⁵ *Ángel Guerra* (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 268).

en la que Galdós se mete a fondo en la espiritualidad católica; siguiendo su exploración, en apenas seis años seguirán otras novelas de similar contenido, *La loca de la casa*, *Nazarín*, *Halma* y *Misericordia*.

En *Ángel Guerra* el protagonista es un viudo treintañero de buena familia, libertino y ateo más por molestar a su posesiva madre que por convicción. En medio de una profunda crisis vital provocada por la muerte de su madre y de su hija niña, Guerra se interesa por Leré, la jovencísima institutriz de su chiquilla recién fallecida. Leré es una católica obsesiva y penitente, cuya mayor ilusión es profesar para servir a los demás. Durante una aparición, la Virgen le habría dicho que *"la mejor voluntad es obedecer siempre, y la mejor libertad no tener ninguna, y esperar sólo trabajos, obligaciones, molestias y, en una palabra, esclavitud"*⁴⁶. Esta filosofía de vida no puede ser más opuesta a la de su señor, que sin embargo cada vez se muestra más cautivado por las ideas de la joven.

Algunas veces incluso Leré puede ser tan inconformista y revolucionaria como Jesús de Nazaret. Dice estar contra la pena de muerte (algo raro en el siglo XIX), rechaza el uso de las armas y sueña con un mundo sin fronteras ni estados. La chica se atreve incluso a regañar al señorito por su poca generosidad con los pobres: *"No da usted más que migajas, como todos los ricos"*. *"Hay que dar más, mucho más, repartir entre los necesitados todo lo que no es absolutamente preciso"*⁴⁷.

El revolucionario se ve así rebasado por una aspirante a monja. Ante su soledad, Guerra se enamora perdidamente de Leré y sigue a su dulcinea por Toledo. Como no puede consumir sus deseos sexuales, el hombre piensa que el mejor modo de atraerse a Leré es recobrando la fe, que además quiere vivir en plenitud mística. Como un muñeco de Leré, Guerra acabará diciendo frases como *"anular la propia personalidad"*, *"no matar, no castigar, no defenderse"*, *"hacer el bien a los demás y guardar el mal"*, *"sucumbir a la ingratitud y la violencia"*, etc. Muy crítico con la Iglesia oficial, Ángel en realidad no es cristiano, sino *lereano*. Tal empacho de ideas afectará seriamente a su salud mental; al final de la novela, el protagonista sueña incluso con fundar una congregación religiosa, profetiza el fin de la política y de las naciones, anuncia la

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 73.

⁴⁷ *Ibidem*, págs. 97-98.

emancipación de la Iglesia española de la caduca Roma y fantasea con un Papado sólo español⁴⁸.

¿Qué hay de Galdós en toda esta "locura"? Desde luego, es muy galdosiano fundamentar la religión en el amor y la entrega a los demás, pero también queda la sensación de que la ironía (un recurso que Galdós maneja a la perfección) no es ajena a los propósitos del autor; por ejemplo, toda esa ingenuidad mística de anunciar el fin de las naciones o de profetizar el triunfo de la religión sobre la política, son ideas que están en las antípodas de Galdós.

Con *Nazarín*, y su lógica continuación, *Halma*, el novelista reafirma aún más sus distancias con el mundo de los místicos, por mucho que trate a estos personajes con dulzura y cariño. En *Nazarín* el protagonista es un cura extremo que renuncia a todo y se aventura por los caminos para anunciar a Cristo. No le gusta la ciudad, asolada por el vicio, y tampoco se entiende con otros curas, más interesados en agenciarse bautizos y funerales "a granel".

Manso enteramente, *Nazarín* no se queja por su penuria: "*Ya vendrán de alguna parte la camisa, el desayuno y el jabón*", dice. Tuvo algunos libros, pero se desprendió de ellos: "*Fuera de los de rezo, ningún libro malo ni bueno me interesa, porque de ellos sacan el alma y la inteligencia poca sustancia*". Peor concepto tiene aún de la prensa, que llama el "*monstruo de la imprenta*"⁴⁹.

Mitad Quijote, mitad Cristo, *Nazarín* imagina como Leré un mundo en paz, "*sin amos ni siervos*". "*Que desaparezcan del mundo el odio, la tiranía, el hambre, la injusticia (...) que se acaben las disputas, las guerras, la política*" son sus muy loables ambiciones⁵⁰. Galdós, sin embargo, deja suficientes pistas de que el misticismo de *Nazarín* le parece un camino peligroso e imposible. Es otro sacerdote, don Manuel Flórez, quien saca de la vida errática de *Nazarín* la conclusión que el lector espera: "*Señor, Señor, llevar a la práctica la doctrina en todo su rigor y pureza, no puede ser, no puede ser. Para ello sería precisa la destrucción de todo lo existente. Pues qué, Jesús mío, ¿la Santa Iglesia no vive en la civilización?*"⁵¹.

⁴⁸ *Ibidem*, págs. 322-326.

⁴⁹ *Nazarín* (OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 493-498).

⁵⁰ *Ibidem*, pág. 536.

⁵¹ *Halma* (OC, *Novelas y Miscelánea*, pág. 623).

Otro personaje juicioso es el alcalde de uno de los pueblos que atraviesa Nazarín, capaz incluso de hacer callar al aprendiz de santo. Para este alcalde, el verdadero problema de España no es la mística ni la supuesta corrupción del mundo moderno. La urgencia estaría en otro lado. Detalla dónde: "*Dar salida a nuestros caldos, nivelar los presupuestos públicos y particulares.... Que haya la mar de fábricas..., vías de comunicación..., casinos para obreros..., barrios obreros..., ilustración, escuelas, beneficencia pública y particular..., ¿Y dónde me deja usted la higiene, la urbanización y otras grandes conquistas? Pues nada de eso tendrá usted con el misticismo, que es lo que usted practica; no tendrá más que hambre, miseria pública y particular*". Y aún prosigue: "*No quiero conventos ni seminarios, sino tratados de comercio. No quiero ermitaños, sino grandes economistas. No quiero sermones, sino ferrocarriles de vía estrecha. No quiero Santos Padres, sino abonos químicos*"⁵².

Todo ello subrayaría el carácter irónico de una parte sustancial de la novela, que sin embargo algunos críticos niegan. Se ha dicho, incluso, que en Galdós hay nostalgia del cristianismo místico de fray Luis de León o de Santa Teresa de Jesús⁵³. ¿Pero es posible que nuestro escritor soñara con semejante "mundo perdido"?

Más que nostalgia, por tanto, observo en Galdós una doble línea de crítica: la archiconocida contra la Iglesia católica, cuya hipocresía y falta de caridad sigue planeando en las novelas de los años 90, y una segunda contra los nuevos santurrones, que no leen ni quieren saber nada del mundo que les rodea. Nazarín, recuérdese, odia la sabiduría que pueda encontrarse en los libros y en última instancia, acepta sumisamente lo que sus superiores jerárquicos le ordenan. Tras infinitas peripecias, Nazarín se olvidará de su vida vagabunda y aceptará un puesto en una iglesia de Alcalá de Henares, logrado por cierto gracias a las recomendaciones de José Antonio de Urrea, primo y enamorado de la condesa Halma.

Hay otra novela cuya singularidad ha subrayado el filósofo José Luis Mora: es *Misericordia* (1897). El protagonista ya no es un loco místico o un sacerdote desequilibrado, sino Benigna, una mujer que mendiga para otros aún más pobres. Su caridad no busca recompensas, ni siquiera el reconocimiento de quienes la rodean, que por supuesto jamás llega. Ella sólo actúa por amor, pues intuye

⁵² *Nazarín* (OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 558-559).

⁵³ F. Ruiz Ramón, *Tres personajes galdosianos...*, pág. 186.

que Dios está en el prójimo, en el día a día, en lo pedestre. Y si por ayudar a los demás hay que faltar a misa, pues se falta.

La ignorante y medio analfabeta Benigna nos recuerda que para Galdós la perfección no está en los templos ni en las normas fijadas por los burócratas de la salvación de almas, sino en la ética común que comparten todos los hombres buenos, más allá desde luego de las creencias (o no creencias) religiosas. José Luis Mora ha hablado en este sentido de una concepción ético-humanista, "*superación, al mismo tiempo, de la religión positiva, del eclesiocentrismo y de la carencia de sentido a las acciones humanas*". No cabe expresarlo con mayor acierto. Benigna es el ser religioso verdadero que culmina la exploración de Galdós. Ese ser, sin embargo, ya no es el "hombre culto" y "europeo" del ideal krausista (más visible en el primer Galdós), sino cualquier individuo que practique el bien y auxilie a los demás, con independencia de su clase social o de su religión. Se podría decir, como en el cuento, que el hombre feliz no tenía camisa⁵⁴.

Llegados a este punto, conviene preguntarse si la vida y las ideas de Galdós responden al clima más espiritual de sus novelas de los 90. No negaré que la actitud de Galdós ante el catolicismo esos años es más compleja, menos maniquea. Menéndez Pelayo creyó ver indicios de una conversión cuando en 1897 presentó a Pérez Galdós ante la Real Academia de la Lengua: "*que la gracia divina –gritó el eminente polígrafo– ayude al honrado esfuerzo que hoy hace tan alto ingenio, hasta que logre, a la sombra de la Cruz, la única solución del enigma del destino humano*"⁵⁵.

⁵⁴ José Luis Mora García, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana (1888-1904)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1981, págs. 185 y 206-210. Este autor subraya las similitudes entre la Benigna de *Misericordia* y la Rosaura de *Casandra* (1905), otra mujer sencilla sin apenas cultura, en cuya boca pone Galdós frases de este tenor: "*Siempre he creído que debemos ser buenos y cumplir sencillamente y sin aparato. Disculpo al hipócrita que lo es desinteresadamente, por orgullo de parecer santo; pero al que se disfraza con devociones para enternecer la voluntad de los parientes ricos, le tengo por el peor de los falsarios... Yo no voy a la iglesia sino cuando me dejan mis quehaceres: sigo adelante por mi camino estrecho con mi carga de obligaciones, fatigada, pero con mi conciencia bien tranquila, eso sí, esperando lo bueno y lo malo que Dios quiera mandarme (...)* No soy santa, pero sí creyente y, como creyente, siempre espero (...) El sentimiento de humanidad que me abrasa me ordena estas devociones, que practico sin darme cuenta de ellas [cuidar y amar a los hijos de la encarcelada Casandra] (...) Busca la verdad en tu conciencia y no adores ídolos", etc. (*Casandra*, OC, *Novelas y Miscelánea*, págs. 956 y 1010).

⁵⁵ "Don Benito Pérez Galdós considerado como novelista", en M. Menéndez Pelayo, *Estudios de crítica literaria...*, págs. 113-14.

Pero las cosas no fueron así. Mientras Pérez Galdós escribía *Ángel Guerra*, *Nazarín* o *Halma*, ni en su correspondencia ni en su vida pública se intuye conversión alguna. Galdós es diputado del Partido Liberal entre 1886 y 1890, un grupo político con varios dirigentes masones, y que a pesar de su praxis acomodaticia, aspiraba cuando fuera posible a restablecer el matrimonio civil, a reducir el número de frailes o a acotar el control eclesiástico sobre la libertad de enseñanza. "El clero tiene todavía grandísimo poder", se lamentaría Galdós en 1885.

Don Benito tampoco se casa, aunque tiene amantes. No va mucho por la iglesia, y eso que vivía con dos hermanas que sí eran fervientes practicantes. Más definitivo aún: llevaba a su hija natural a una escuela laica de Madrid, uno de esos centros privados donde se formaban los cachorros de las elites progresistas y republicanas, y en los que la enseñanza católica no era obligatoria.

Galdós sigue viendo en la Iglesia católica un impedimento para el progreso de la ciencia española. Un pequeño ensayo sobre la historia intelectual de España, que publicó *La Nación*, revela hasta qué punto sigue en él firme esa idea: "¿Dónde están los grandes iniciadores –se interroga–, los descubridores de las maravillosas leyes de la Naturaleza, los que dieron impulso colosal y dirección nueva al estudio científico?". Desde luego, no los encuentra en España. A falta de un Galileo, de un Leibnitz, de un Copérnico o de un Newton, Pérez Galdós sostendrá en ese artículo que el misticismo es "la verdadera filosofía española"⁵⁶. Y no lo dice precisamente con admiración, sino con hondo pesar.

Por eso, sostenemos que las ideas religiosas del escritor no cambiaron en lo sustancial durante los años de explosión mística. Más bien fue notario de una tendencia cuyos excesos satirizó, en espera de tiempos mejores.

El último Galdós

No tardaría mucho Menéndez Pelayo en advertir que la gracia divina no conseguiría hacer de Galdós un beato. La publicación de

⁵⁶ Shoemaker, *Las cartas desconocidas...*, págs. 148-49 y 152 (carta 33, 5-V-85).

Misericordia coincidió con el desastre colonial, que actuó como resorte para la nueva ofensiva de los anticlericales. Buscando responsables de la derrota, los intelectuales republicanos y de izquierda lo encontraron en el clero, hasta un punto que el anticlericalismo fue signo de identidad de esos grupos. Volvió a estar de moda argumentar que la Iglesia era causante de los males de España: el atraso secular, la falta de libertad y el caciquismo.

Un republicano moderado como Melquíades Álvarez, a quien Galdós admiraba, afirmó en el Congreso de los Diputados que el poder del clero era "*causa principalísima (...), y me atrevo a decir que la única, de este vergonzoso atraso en que se desarrolla, por desgracia, la vida intelectual y política de nuestra España*"⁵⁷. Desde la izquierda dinástica, Canalejas denunciaba la injerencia del clero en los asuntos públicos y promovía como solución el fortalecimiento del Estado en materias tan esenciales como la enseñanza o el matrimonio.

Del parlamento a la calle, entre 1900 y 1913 España fue escenario de grandes movilizaciones a favor o en contra del poder de la Iglesia. Mítines, apedreamientos y ataques a templos fueron esos años noticia cotidiana. Por supuesto no será igual el anticlericalismo de los liberales, dispuesto a negociar, que el de los republicanos, intransigente pero pacífico, o el de las organizaciones obreras, que justificaban la violencia callejera.

A pesar de sus diferencias, todos los anticlericalismos coincidían en señalar las órdenes religiosas como principal enemigo; entre ellos, los más odiados eran los ricos jesuitas, cuyo juramento de estricta fidelidad al Papa les convertía además en "caballo de Troya" del poder romano.

La fundación de conventos era tan continua, que hasta el medroso Sagasta se decidió a tomar cartas en el asunto. En 1901 su gobierno promovió una Ley de Asociaciones que obligaba a las nuevas congregaciones religiosas a inscribirse en un registro civil, como parece lo lógico en un Estado de Derecho. Pero una vez más, la Iglesia utilizó su influencia para que la ley no entrara en vigor. Un intento de conciliación, muy favorable al clero, fracasó igualmente en 1904. Canalejas volvió a la carga en 1910 con la Ley del Candado, que a pesar de las expectativas, apenas estuvo en vigor cuatro años. El mismo fin tuvieron otras reformas que propugnaban la plena

⁵⁷ Cit. por M. Suárez Cortina, "Anticlericalismo, religión y política en la Restauración", pág.167.

libertad de cultos, la enseñanza voluntaria de la religión católica en las escuelas públicas o la secularización de matrimonios y cementerios⁵⁸.

Con este panorama, un Galdós casi sesentón volverá a hacerse oír. El episodio más conocido es el que rodeó al estreno teatral de *Electra*, aunque ningún espectador pudo escuchar en la obra críticas directas contra la Iglesia. Estando tan reciente el *affaire* de la señorita Ubao, eso dio igual: la obra se convirtió en un símbolo de la lucha contra el poder de la Compañía de Jesús, cuando no en un alegato contra las artimañas del clero. Un periodista de *La Correspondencia de España* proclamó que *Electra* "ha sido para ese monstruo un latigazo en pleno rostro, un tiro en el cerebro, una puñalada en el corazón, una hoguera que lo abrasa". El monstruo naturalmente era el jesuitismo, "asqueante y canallesco".

Tímido hasta lo sumo, Galdós se asustó por la inesperada repercusión de su obra. Planeó incluso instalarse en el extranjero hasta que se calmaran los ánimos. No le apetecía, tampoco, erigirse en el líder *comecuras* que los Azorín, Baroja o Maeztu querían hacer de él. Decepcionado por la melindrosa actitud del maestro, Baroja aseguró que a Galdós sólo le importaba el éxito y el dinero⁵⁹.

Cabría sin embargo otra explicación. Todavía en 1901 el mundo de Galdós no era el de las calles ni el de los mítines de masas, sino el de los periódicos. Sigue siendo un intelectual decimonónico, aunque pronto cambiaría. No sorprende, pues, que el mismo año en que estrena *Electra*, la más notable aportación de Galdós en el campo de la pelea anticlerical fuera justamente un artículo de prensa, el que publicó en *La Publicidad* de Barcelona.

Y tampoco es que allí Galdós diga nada distinto a lo que venía pensando desde hacía al menos 35 años. Una vez más sostiene que España sólo será verdaderamente grande cuando se despoje de la "camisa de fuerza" eclesiástica. Lo primordial sería "sujetar al clero", "meterle en sus iglesias" y someterle al imperio de la ley, respetando, claro está, el dogma y las creencias católicas. Pudo haberlo conseguido la revolución liberal, pero los políticos buscaron la componenda por temor a que la Iglesia azuzara al pueblo. Así que, apenas pudo, el clericalismo recuperó posiciones.

⁵⁸ Julio de la Cueva Merino, "La democracia frailófoba. Democracia liberal y anticlericalismo", en M. Suárez Cortina (ed.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Alianza, Madrid, 1997, págs. 129-171.

⁵⁹ Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pág. 585.

En pleno siglo XX la cosa tenía peor remedio; ya sin conciliación posible, tendrían que sonar los tambores de guerra para destruir los privilegios, grandes y pequeños, del clero. Los primeros en sentir la fuerza del poder civil serían los jesuitas, "hombres de tenaz ambición", para continuar el derribo con la "turbamulta de frailes", viejos o nuevos, indígenas o venidos de Francia. El fuego purificador sólo se detendría ante obispos y párrocos, los únicos cuya existencia sí era necesaria para mantener el tesoro de la fe. La esperanza de una España mejor la pone Galdós una vez más en los jóvenes, hoy educados por los jesuitas, pero mañana quizá librepensadores y *volterianos*. Con 58 años recién cumplidos, don Benito aún sabe cómo provocar⁶⁰.

Un paso nuevo vendría en 1907. Defraudado por los sempiternos titubeos del Partido Liberal, por ejemplo en la largamente prometida Ley de Asociaciones, Pérez Galdós anunciará en abril su paso a las filas republicanas y su candidatura en las inminentes elecciones bajo esa bandera. Es el propio escritor quien sitúa el problema religioso como causa principalísima de su nueva militancia, puesto que la Monarquía ya no era capaz de resolver el que llama "*capital problema español*", o sea, la "*petrificación teocrática*" y el "*regazo frailuno*"⁶¹. La república simbolizaría para Galdós laicismo e independencia del poder político frente a un clero que pretendía situarse al margen de la ley.

Habrà que esperar unos meses más para que Galdós actúe por fin como un intelectual contemporáneo. Lo hizo con motivo de la campaña anti-Maura.

El ambiente venía caldeado desde la Semana Trágica de Barcelona, cuando la multitud destruyó cuantos conventos pudo de la Ciudad Condal. Lejos de reprobar la violencia, Galdós hizo ver a su amante de turno hasta qué punto era profundo su odio hacia los frailes: "*Total –escribe–, varios tumultos y cuarenta conventos quemados. En buena hora sea. Ya les reedificarán las casas a las monjitas y frailecitos y todo volverá a lo que fue. Pero ha sido una lección, un primer aviso*"⁶².

⁶⁰ "La España de hoy", *La Publicidad*, Barcelona, 11 de abril de 1901, en *Ensayos sobre crítica literaria* (ed. de Laureano Bonet), Península, Barcelona, 1999, págs. 258-267.

⁶¹ Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, págs. 649-650.

⁶² *Ibidem*, pág. 686.

Ya no valía con tirar y esconder la piedra, era preciso subirse a las tarimas y tomar la palabra. El escritor acepta así participar en diversos mítines por España, en los que, para sorpresa de quienes le conocían, utilizó en público todos los recursos retóricos del populismo anticlerical. Hablará por ejemplo de "exterminar la langosta" o de "extinguir al fraile", para satisfacción del auditorio. En el mitin de Santander, en concreto, Galdós no se mostró precisamente conciliador: "No desmayaremos –dijo– mientras no sea extirpado el miedo religioso, funestísima plaga creada y difundida por la teocracia como instrumento de dominación"⁶³.

La rabia comenzará a amainar en 1913. Las disputas y rencillas entre los republicanos, no menos que los excesos de algunos grupos, debilitaron de nuevo a los rivales de la Monarquía. Galdós se refugia entonces en el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, republicano sobre el papel, pero dispuesto a colaborar con el régimen si éste aprobaba un mínimo de medidas modernizadoras. Aunque esas reformas jamás llegaron, a la altura de 1915 ya nadie sabe si Galdós es monárquico o republicano.

En materia de fe, Galdós no dará tantos brincos. Tras fijar sus tesis en novelas como *Misericordia* o *Casandra*, una obra teatral en apariencia menor, *Sor Simona* (1916), nos vuelve a presentar un personaje que encuentra a Dios al margen de la Iglesia oficial, en concreto una monja que se escapa del convento para ser libre "como el soplo divino que mueve los mundos". Como la mendiga Benina o como la Rosaura de *Casandra*, para sor Simona la religión es amor y bondad, humanismo en estado puro: "El rey eres tú, el hombre – exclama–, el ser humano, que practicando la ley del amor se hace dueño del mundo". Igual que sus dos antecedentes literarios, Simona encuentra a Dios en lo pequeño, "en lo que está más cerca de ti, en la masa enorme de los humildes, de los desvalidos, en los que no tienen alimentos ni ropa ni hogar"⁶⁴.

¿Qué frase podría resumir mejor las ideas religiosas de Galdós? Otra cuestión, cuya respuesta más probable es no, es si el escritor fue un buen practicante de su credo religioso. Espero que otros galdosianos más eruditos contesten por mí.

⁶³ Cit. por Manuel Revuelta González, *El anticlericalismo español en sus documentos*, Ariel, Barcelona, 1999, págs. 124-25.

⁶⁴ OC, *Cuentos y teatro*, pág. 920.

Episodio clave en la biografía de un individuo es su manera de afrontar la muerte. Ciego y enfermo al final de su vida, Galdós no buscó el consuelo de los curas. Aún así, algunos parientes intentaron que el escritor confesara y comulgara poco antes de morir. Parece ser que el moribundo no quiso recibir al sacerdote, y lo despidió de forma expeditiva: "*¡Que no entre nadie, que no entre nadie! ¡Ni Cristo ni Dios Santo, ni Cristo ni Dios Santo!*". Otras versiones afirman en cambio que el sacerdote sí llegó a entrar y que don Benito aceptó comulgar, pero que sus allegados se lo impidieron por entender que no era dueño de sus actos. No falta quien asegura que pudo haber dos sacerdotes, el rechazado y el que sí entró en la alcoba.

La polémica no terminó con la muerte del escritor el 4 de enero de 1920. Días después, *El Liberal* publicó que Galdós había muerto "*dentro de la comunión católica*", pero un sobrino del escritor negó tajantemente la noticia en carta al director. Lo más sensato, a nuestro juicio, es pensar que Galdós muriera en la heterodoxia que había marcado su vida. Como sugiere el biógrafo de Galdós, Pedro Ortiz-Armengol, el escritor pudo haber pensado como una protagonista de *Lo prohibido*: "*¡No, no quiero ver curas...! Ya me las arreglaré yo sola con Dios*"⁶⁵.

⁶⁵ Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, págs. 810-822.